

Rocío Santiago Nogales, *Alejandro Sawa, eterno personaje. Más allá de Max Estrella*, Sevilla, Renacimiento, 2021, 292 págs.



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.13.2022.806-809>.

El argentino Álvaro Melián Lafinur en *Literatura contemporánea* (1919) dijo que el sevillano Alejandro Sawa “representa un tipo espiritual, frecuente en nuestra época, más tal vez que en otra alguna: el del intelectual y el artista de talento, desorientado por lo complejo de la vida actual y malogrado por inadaptación. Sawa cobra así, en cierto modo, un valor representativo indiscutible” (220 [nota I]). Ese “valor representativo” cristalizó de forma magistral como Max Estrella, el inolvidable poeta ciego y lúcido de *Luces de bohemia* (1920) de Ramón del Valle-Inclán, pero terminó por eclipsar otras de sus representaciones. Porque varios escritores, no solo de su época, sino de hoy en día, tomaron a Sawa como modelo o inspiración para algunos de sus personajes bohemios, aunque alterados las más de la veces por la fuerza de su fama y sus anécdotas, mostrando una imagen de su vida alejada de lo que realmente fue. Y convirtiéndolo en materia literaria más que en materia real. Rocío Santiago Nogales en *Alejandro Sawa, eterno personaje. Más allá de Max Estrella* (2021) se ha propuesto y ha conseguido analizar a todos los personajes que en distintas obras han encarnado, o se ha dicho que encarnaban, a Sawa desde la veracidad, “buscando al Alejandro Sawa de carne y hueso” (14), como se dice en la “Introducción”. Asimismo, este libro supone una riquísima estampa vital y literaria de la mítica bohemia artística madrileña como bisagra del cambio del siglo XIX al XX.

Además de la “Introducción”, donde se repasa la azarosa existencia del autor sevillano y se mencionan los trabajos más destacados sobre su vida y obra, abordando, por otro lado, una necesaria distinción sobre ficción y autoficción, el libro consta de tres partes, que se corresponden con la evolución temporal que va sufriendo Sawa como personaje literario. En la primera, “Alejandro Sawa literaturizado por sí mismo” (39-58), el propio autor se convierte en personaje de sus propios libros, *Declaración de un vencido* (1887), desde su *alter ego* Carlos Alvarado, e *Iluminaciones en la sombra* (1910) donde, como se aclara, Sawa supera la clasificación de esta obra como un diario y “se refleja [...] como escritor y personaje a la vez”, dada la autonomía literaria del mismo.

La segunda parte, “Alejandro Sawa literaturizado por sus contemporáneos” (59-231), es la más interesante por desmentir certeramente muchos de los lugares comunes y de las identificaciones sawianas de sus contemporáneos haciendo uso de cartas y artículos —con aportaciones desconocidas hasta ahora— que refrendan sus palabras. Santiago Nogales quita las capas de fabulaciones más o menos pintorescas con claras intenciones de denostar o engrandecer su figura en cinco capítulos que abordan extensamente su relación personal y su literaturización desde la pluma de Pío Baroja, Ernesto Bark, Valle-Inclán, Joaquín Dicenta y José Montero. Por no exceder el espacio de la reseña, hablo de los dos ejemplos más ilustres, Pío Baroja y Valle-Inclán, suficientemente esclarecedores para ver el minucioso trabajo de investigación de la autora.

Sobre el primero, el capítulo se divide en “Su difícil relación con Alejandro Sawa” y “Sus personajes bohemios desharrapados en *Silvestre Paradox*, *Aurora roja* y *Los últimos románticos*”. Baroja conoció a Sawa y siempre habló de él con muy poca simpatía en sus escritos, al igual que de la figura de los bohemios «desharrapados y tuberculosos» (69) en varias de sus obras. Y en algunos de estos bohemios se ha querido ver a Sawa, lo que estudia Santiago Nogales para aclarar varias ideas preestablecidas de la crítica al no tener en suficiente consideración lo ficcional y lo histórico y el fino hilo con que se han unido ambas facetas. En *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901) sí ve la identificación con Sawa en Juan Pérez del Corral, no así en Betta; en *Aurora roja* (1904) desmiente cualquier vinculación con el francés Caruty y con el ruso Ofkin, trasuntos de Enrique Cornuty y Ernesto Bark, amigos de Sawa; y en *Los últimos románticos* (1906) ve “cierta esencia” (94) en Fermín García Pipot, mientras que de César Andión afirma que “se acerca más a la realidad” (99). Como digo, Santiago Nogales va comparando lo real con lo ficticio, dejando claro que Baroja noveliza a sus personajes y que tampoco ha de ajustarse *stricto sensu* a un modelo literal de Sawa, sino que más bien “tom[a] de él ciertos rasgos definitorios que le ayudan a configurar los prototipos” (98) que han llevado a la crítica, no obstante, a ver en todos al sevillano.

El plato fuerte del libro —no podía ser de otra forma— aborda la relación de Alejandro Sawa con Valle-Inclán, dividida en cinco momentos estelares: “Valle-Inclán contra Pío Baroja: Rafael Villasús vs. Max Estrella”, “Valle-Inclán contra Rubén Darío: una deuda literaria y su ausencia en el entierro”, “Tres escenas de *Luces de bohemia* que Alejandro Sawa no vivió”, “Las anécdotas desconocidas de Alejandro Sawa y su reflejo en *Luces de bohemia*” y, por último, “Algo más sobre Don Latino de Híspalis, ¿el desdoble de Max

Estrella?”. El primer momento acomete la comparación del velatorio de Sawa literaturizado en dos obras cumbres de la literatura española, *El árbol de la ciencia* (1911), de Pío Baroja, en la persona de Rafael Villasús, y en la de Max Estrella, de *Luces de bohemia* de Valle-Inclán, que sintió un gran aprecio por Sawa. Baroja, que no asistió al velatorio al contrario que el gallego, refiere en una estampa risible que los bohemios afirmaban que Villasús no estaba muerto sino cataléptico y que, por ello, le quemaron la punta de los dedos por ver si respondía al dolor. Valle-Inclán, unos años después, “repite los hechos” (112) que cuenta Baroja, añadiendo algunos más y “desde su propia perspectiva” que no ridiculiza a Villasús, porque Valle-Inclán “intenta remediar lo que [...] cree que es una injusticia por parte de Baroja” (112). El segundo momento desgrana los momentos más complejos de la amistad de Sawa con Rubén Darío a causa de deudas de pago del vate nicaragüense que siempre dejaba para otra ocasión y que, entre otras cosas, impidieron que Sawa publicara en vida *Iluminaciones en la sombra*, su obra maestra (destaca una furibunda carta de Sawa a Darío rescatada de la Biblioteca Digital de Chile), y la ausencia al entierro de su padre por el pavor que Darío sentía a la muerte. Temor con el que se excusó, además, de no asistir al sepelio de Sawa pese a estar en Madrid. Valle-Inclán, como argumenta Santiago Nogales, plasmó todo esto en *Luces de bohemia* en el personaje nada disimulado de Rubén que teme a la muerte y se escuda en el “mañana” para realizar las cosas, al igual que sus promesas de pago a Sawa. El tercer momento incide en la inclusión de tres escenas nuevas (segunda, sexta y undécima) en la edición de *Luces de bohemia* de 1924 respecto a la publicada en la revista *España* en 1920 con la intención de “profundizar en la crítica de España” (153) y que desdibujan la identificación de Sawa con Max Estrella para destacarse las ideas del propio Valle-Inclán. En el capítulo se señala y se desgrana que “Max es un conglomerado de atributos procedentes de diversas fuentes”, funcionando Sawa como “la inspiración principal y el punto de arranque” (166) para dar forma a Max Estrella. Y siempre siendo un personaje que no se esperpentiza. Incluso en su final “si Sawa murió envuelto en delirios, parece que Valle le concede el honor de morir lúcido” (173). El cuarto momento revela nuevos datos acerca de la vida de Alejandro Sawa a través del artículo “La ceguera de Alejandro Sawa” (1920) de *Pierre Rien* (pseudónimo) que narra que Sawa cree recuperar la visión, al igual que Max Estrella; y a través de tres páginas del libro *Recuerdos de un periodista de principios de siglo* (1958) de Eduardo Mendaro con las que se sostiene que Valle-Inclán no puso al azar los nombres de la mujer y la hija de Max Estrella, Madama Collet y Claudinita, sino que tienen que ver con una amistad del

sevillano con una mujer de origen galo que imitaba las actitudes de la risueña protagonista de la serie de novelas *Claudine* (1900-1903) de la escritora francesa Colette. El quinto y último momento penetra en Don Latino, el “Virgilio pícaro y cochambroso” —como le denominó Antonio Valencia—, que guía a un Dante-Max Estrella a través del infierno madrileño, y que ha sido asimilado por parte de la crítica (encabezada por Zamora Vicente) “con la peor parte de Sawa” (185), esto es, con un Sawa o un Max Estrella esperpentizado. Así, Valle-Inclán habría creado “dos personajes [sawianos]. Uno íntegro y otro canalla y esperpéntico” (193). Siendo, por tanto, “el desdoble esperpéntico de Max” (199) o, lo que es lo mismo, otro disfraz de Alejandro Sawa.

Me detengo un momento en el capítulo dedicado a Joaquín Dicenta por su novela *Encarnación* (1913), en el que Sawa personifica a Alejandro Nava, contado desde vivencias reales y en la que sale muy bien parado. Santiago Nogales analiza un dato ficcional que indica que Nava se había batido en duelo. Y, para esto, indaga en una noticia de 1895 del diario granadino *La Alianza* en la que solo se señala que un tal Sawa arregló según acta satisfactoria el lance de honor. Este pequeño dato habla muy bien de la escrupulosidad con que se ha llevado a cabo el libro.

La tercera parte del libro se destina a “Alejandro Sawa literaturizado en la actualidad” (233-272) y está consagrada a *Las máscaras del héroe* (1996), de Juan Manuel de Prada, *Alejandro Sawa y la Santa Bohemia* (2009), de Diego Fernández Rosado, y *Alguien debería escribir un libro sobre Alejandro Sawa* (2016), de Pepe Cervera. Esta parte cumple sobradamente con el expediente de abordar a Sawa desde una mirada contemporánea en la que se le trata más como personaje, sin disfrazarle bajo ningún nombre, que como escritor.

Si Sawa era reconocido porque había tenido la “suerte” de ser inmortalizado por Valle-Inclán como Max Estrella, Santiago Nogales en *Alejandro Sawa, eterno personaje. Más allá de Max Estrella* deja claro que solo es una parte de su personaje y su persona. Que hay mucho Sawa y muchos Sawas más allá de Max Estrella.

DANIEL DOCAMPO JORGE
UNED-Pamplona / Universidad de Navarra (España)
ddocampojorge@gmail.com